



LA CHICA DE NADIE

(NOBODY'S GIRL)

Mi historia de supervivencia
y lucha por la justicia

Virginia Roberts Giuffre

VIRGINIA ROBERTS GIUFFRÉ

LA CHICA DE NADIE
(NOBODY'S GIRL)

*Mi historia de supervivencia y lucha
por la justicia*

Traducción de Gemma Deza Guil

Nota de la colaboradora de Virginia Roberts Giuffre

Escribir un libro con alguien siempre es un ejercicio íntimo. En todos los proyectos en los que he trabajado, en un momento u otro tengo que formularle al autor algunas preguntas sumamente personales. A continuación, confirmo sus recuerdos, por vívidos que sean, para corroborar su veracidad, revisando toda la documentación existente y hablando con otras personas de su vida que pudieron ser testigos o estar al corriente de los hechos descritos. En ese sentido, el proceso de trabajo que seguí con Virginia para verificar su historia no fue algo nuevo para mí.

Sin embargo, dos cosas convertían las memorias de Virginia en un caso aparte. La primera de ellas era que lo que se disponía a explicar iba a devastarla más allá de lo imaginable, y la segunda, que varios de los protagonistas de su relato se contaban entre las personas más ricas y poderosas del mundo. De hecho, algunas de esas personas ya la habían amenazado para evitar que hablara. Desde el principio, Virginia y yo entendimos que este libro habría que escribirlo con suma meticulosidad, para garantizar la precisión, por supuesto, pero también para protegerla de quienes habrían preferido que callara.

Quiero aclarar explícitamente por qué Virginia optó por no permanecer en silencio, lo que sin duda le habría resultado más fácil. Desde el principio declaró que creía que su historia ayudaría

a otras personas, no solo a supervivientes de la crueldad de Epstein, sino a cualquier persona, hombre o mujer, que alguna vez se hubiera visto coaccionada para mantener relaciones sexuales en contra de su voluntad. Una y otra vez, durante los centenares de conversaciones, mensajes de texto y correos electrónicos que Virginia y yo intercambiamos durante cuatro años, insistió en que quería que se la retratara de manera veraz, con todos sus defectos. Quería que el mundo supiera quién era de verdad, para que los supervivientes de abusos sexuales que leyeran sus palabras se sintieran menos solos. Su esperanza era que, si ofrecía un retrato real de su sufrimiento, inspiraría a otras personas a luchar por propiciar los cambios que ella consideraba acuciantes, el principal entre ellos, una legislación que elimine las disposiciones sobre los plazos de prescripción para los pederastas.

Virginia era una de las personas más generosas y cariñosas que he conocido nunca. Vivía consagrada a los tres hijos que había tenido con su marido, Robbie Giuffre (de quien acabó separándose). También era una mujer fuerte y decidida. Y esa fuerza es lo que me permitió, por indicación suya, narrar toda su historia y, lo que es más importante, investigar lo ocurrido, confirmarlo y, en última instancia, ayudar a crear el relato inspirador pero descorazonador que ahora sostienes en tus manos.

Para corroborar los abusos sexuales que Virginia sufrió de niña, localicé a una amiga de la infancia, quien me habló sin tapujos acerca de las agresiones que ella misma había padecido a manos de su padrastro, el mismo hombre que abusó de Virginia y que posteriormente fue condenado por agredir sexualmente a otra menor. La aportación de esta amiga y su amabilidad fueron una inmensa fuente de confort para Virginia. Tras consultarlo con un verificador de datos profesional, también hablé largo y tendido con la madre de Virginia, con su marido, con su exnovio y con otros dos hermanos a quienes Virginia había explicado los abusos

sexuales que había sufrido a manos de su padre y del amigo de este. Contacté con el padre de Virginia en múltiples ocasiones para permitirle responder a las denuncias de su hija. Siempre las negó categóricamente.*

El relato en primera persona del tiempo que Virginia pasó en la órbita de Epstein y Maxwell se sustenta en miles de páginas de documentos legales públicos, inclusive declaraciones juradas y los registros de vuelo de Epstein. Estos documentos contenían los nombres completos de muchos de los hombres que Virginia afirmaba que habían traficado con ella. Su contenido está contrastado en numerosas fuentes adicionales incluidas entrevistas que Virginia dio a la prensa (todas las cuales revisé) y libros sobre la materia publicados por autores como la periodista del *Miami Herald* Julie K. Brown, el antiguo abogado de Virginia, Brad Edwards, y el ex fiscal general del distrito sur de Nueva York, Geoffrey Berman. También hablé con muchos de los abogados de Virginia, incluidos Edwards, Sigrid McCawley y Brittany Henderson.

Durante la escritura de este libro hubo que hacer varios parones, en parte debidos a problemas de salud de Virginia. Pero ella insistió en todo momento en que quería que se publicara. Quería que su sufrimiento sirviera para algo y, si podía ayudar a un solo superviviente de abusos sexuales, decía, el esfuerzo habría merecido la pena. En octubre de 2024 se sintió lista para retomarlo. Nos

* Su respuesta completa dice así: «Para dejar las cosas claras, nunca he abusado sexualmente de mi hija y no tenía noticia de que Forrest lo hubiera hecho. De haberlo sabido, me habría enfadado mucho y habría tomado cartas en el asunto. Siempre le di a mi hija todo lo que quería y nunca la toqué sexualmente, ni siquiera sabía nada de lo que había ocurrido con Epstein hasta que lo leí en internet y empecé a recibir llamadas de agencias de noticias. Se equivocan en muchas cosas, incluso en su segundo nombre: se llama Virginia Lee Roberts, no Virginia Louise. Soy una persona con moral y creo que los hombres que se aprovechan de niños y niñas debería ser juzgados y castrados. Y me molesta muchísimo que alguien escriba que he agredido a mis propios hijos. Lo único que he hecho siempre es intentar darles una buena vida».

reunimos para ultimar el manuscrito. Yo regresé a Australia, donde ya la había visitado en 2022, para repasarlo en detalle juntas, mano a mano, una última vez. Leímos el manuscrito de nuevo, haciendo breves pausas para que yo pudiera reescribir ciertos apartados y luego releýéndolos con ella. Al final de aquella visita, Virginia dio su aprobación a todo el contenido del libro, salvo a esta nota, que he añadido después de su muerte. Sentía un profundo agradecimiento hacia las personas de todos los rincones del mundo que la habían alentado a contar su historia.

Entonces, la noche del 9 de enero (la mañana del 10 de enero en Australia), Virginia me telefoneó en un estado de agitación extrema. Me explicó que la noche previa Robbie y ella habían tenido una discusión y que él la había agredido. Hablamos durante mucho rato. Me envió fotografías de su cara, con la tez amarillenta e hinchada. Le pregunté si estaba en un lugar seguro y me ofrecí a ponerme en contacto con su madre y su hermano mayor, cosa que hice.

Virginia denunció el incidente a la policía de Australia Occidental, pero no presentaron cargos contra Robbie. Este, por su parte, también presentó una denuncia, que se saldó con una orden de alejamiento que prohibía a Virginia contactar con sus hijos. Este hecho hirió profundamente a Virginia, quien no soportaba no saber nada de sus hijos.

El supuesto incidente de enero no era un hecho sin precedentes. En un momento dado, Virginia me había hablado de una ocasión en 2015, en Colorado, en la que habían arrestado a Robbie por agredirla. Localicé al ayudante del *sheriff* que había llevado el caso y este me habló detenidamente sobre el incidente y me señaló que se había dictado una orden que prohibía a Robbie regresar a casa. Pero, de acuerdo con el departamento del jefe de policía, la documentación relativa a aquel incidente ya no estaba a disposición del público. Virginia presentaba este episodio como un incidente aislado y, por el bien de sus hijos, no quería que apa-

reciera en el libro. Era un capítulo horrible que había ocurrido durante una época muy tensa de sus vidas, me aseguró, y ella y Robbie se habían esforzado mucho por pasar página. (Robbie también habló en este sentido cuando, en persona, se refirió a aquel episodio de refilón). Yo sabía que había muchas razones por las que una mujer que ha sufrido violencia doméstica puede preferir guardar silencio. Y también sabía que las personas que han padecido abusos sexuales en la infancia tienen más probabilidades (unas quince veces más, de acuerdo con un estudio ampliamente citado) de ser víctimas de maltrato en etapas posteriores de su vida. Pero me atuve a los deseos de Virginia.

La situación dio un vuelco a peor en marzo de 2025, cuando Virginia resultó herida en un accidente de coche. Hablé por última vez con ella el 31 de marzo de 2025. Había estado en el hospital, me dijo, pero se había ido porque no estaba de acuerdo con los médicos. Le supliqué que regresara al hospital y me aseguró que lo haría. Pero antes quería hablar con sus hijos. Estaba desesperada por saber cómo se encontraban. Antes de colgar me dijo: «Está en manos de Dios, no tengo miedo. Ha llegado mi hora, ha llegado mi hora, pero quiero que se publique el libro». Volví a suplicarle que dejara a los médicos hacer su trabajo. «Quiero tenerte cerca el resto de mi vida», le dije. Me contestó que me quería. Y yo le respondí que yo también.

Al día siguiente, el 1 de abril, Virginia nos envió a Dini von Mueffling, su publicista desde hacía mucho tiempo, y a mí un correo electrónico en el que manifestaba claramente su deseo de publicar el libro. Uno de los fragmentos decía:

Me pongo en contacto con vosotras para tratar un asunto importante con respecto a mi libro, *La chica de nadie*. Deseo de todo corazón que esta obra se publique, al margen de cuáles sean mis circunstancias en el momento de hacerlo.

El contenido de este libro es fundamental, pues pretende arrojar luz sobre los fallos sistémicos que permiten el tráfico de personas vulnerables a través de las fronteras. Es imperativo que se entienda la verdad y que se aborden los aspectos que rodean este tema, tanto por el bien de la justicia como de su labor de concienciación.

Aun en el supuesto de que yo muera, me gustaría asegurarme de que *La chica de nadie* se publica. Creo que tiene el potencial de impactar en muchas vidas y espolear el debate necesario en torno a estas graves injusticias. Os pido amablemente vuestra ayuda para hacer realidad este deseo. Gracias por vuestro apoyo, paciencia y, lo más importante, por vuestro amor. ♥ ♥ ♥

El 5 de abril, Virginia publicó una declaración en la revista *People* en la que denunciaba públicamente por primera vez que su marido la había maltratado y, en concreto, citaba la supuesta agresión del 9 de enero. Una parte de la declaración decía: «Fui capaz de enfrentarme a Ghislaine Maxwell y Jeffrey Epstein, quien [*sic*] abusó sexualmente de mí y traficó conmigo. Pero no logré escapar de la violencia doméstica en mi matrimonio hasta hace poco. Después de la última agresión física de mi marido, no puedo seguir en silencio». (El abogado de Robbie declinó hacer comentarios acerca de las acusaciones de Virginia, aludiendo a los procedimientos legales en curso).

Menos de tres semanas después, Virginia estaba muerta. Se había suicidado en su finca ubicada en una zona remota.

Antes de que este libro entrara en imprenta, los dos hermanos de Virginia y sus esposas expresaron su preocupación por que restara importancia a la violencia doméstica que Virginia al parecer había experimentado. Manifestaron públicamente su opinión sobre el maltrato continuado que creían que su hermana había sufrido durante su matrimonio y recalcaron la importancia de publicar

sus memorias aportando un contexto más amplio para no minar su credibilidad. En paralelo, expresaron su apoyo a la publicación de las memorias de Virginia y recalcaron su importancia para obligar a sus agresores a rendir cuentas.

Desde la muerte de Virginia, he reflexionado mucho sobre su vida, acerca de todo lo que logró y todo el sufrimiento que vivió, y no he dejado de pensar en esos tres últimos corazones que nos envió. Siempre me acompañarán. Porque, a pesar de las crueldades inenarrables que soportó a lo largo de su vida, Virginia decidió mantener su corazón abierto y, en la medida de lo posible, actuar con amor. El mundo iría mejor si aprendiera algo de ella. Fue un verdadero honor pasar los cuatro últimos años a su lado, ayudándola a contar su historia para asegurarnos de que su legado perdure.

Amy Wallace
Agosto de 2025

Introducción

La vida no es una experiencia personal: su relato y las lecciones que deja solo cobran valor cuando se comparten.

DAN MILLMAN, *El guerrero pacífico*

Hace apenas una hora, visitar el Louvre me parecía una idea sensacional para alegrarme el día. Pero ahora la tristeza me abruma. Estoy muy lejos de casa.

Corre el mes de junio de 2021 y estoy en la segunda planta del museo de arte más grande del mundo, rodeada de desconocidos y muy sola. Resulta extraño estar en París en estos momentos. El museo acaba de reabrir sus puertas después de que la pandemia de la COVID-19 barriera el mundo entero y las calles están prácticamente vacías de turistas, porque hasta hace poco no se permitía volar a Francia. Tengo aspecto de turista, otra madre americana rubia más vestida con tejanos y manoleínas. Pero no he venido a París a hacer turismo. Estoy aquí para hacer algo que nunca me resulta fácil: plantar cara a quienes me hicieron daño. Estoy aquí para recuperar mi vida.

Esta mañana, al salir del hotel, me sentía fuerte. El sol resplandecía y el aire era cálido, como si quisiera reírse de todos los jerséis que he metido en la maleta. Iba pensando en mi marido, Robbie, que está en Australia, donde vivimos. Sabía que habían organizado una fiesta de pijamas con tres amigos de nuestros tres hijos y me lo estaba imaginando, reventado, mientras telefoneaba a nuestra pizzería favorita y pedía demasiadas pizzas. «Eres mi pequeña guerrera», le gusta decirme, y me lo repitió justo antes de embarcar en el

avión que me llevaría de Perth a París. No siempre soy capaz de verme como me ve Robbie, pero hoy, al echar a andar en dirección al Sena, me sentía conectada con ese ideal fuerte de mí misma.

Desde mi hotel en la Rue Scribe, no me ha costado encontrar el camino hasta la Avenue de l'Opéra, y luego me he dirigido al sur, hacia el Louvre. Hacía veinte años que no deambulaba por estas calles, pero me ha dado la sensación de conocer el camino. Visitar el museo es un regalo que yo misma he decidido hacerme..., a escasas horas de bregar con mis abogados y sus preguntas. Llevan días acribillándome, y soy perfectamente consciente de por qué. Para maximizar el impacto del testimonio que he venido a dar, tengo que estar concentrada, preparada para lo que sea. Pero necesitaba hacer una pausa como el aire que respiro. Y cuando se me ha presentado una mañana libre, he sabido exactamente adónde quería ir. Así que me he dirigido derechita a la icónica pirámide de metal y vidrio del Louvre, he escaneado mi entrada y he bajado por las escaleras mecánicas. Mi plan era relajarme y perderme por las galerías, huir de mis horrendos recuerdos sumergiéndome en la belleza más pura.

Y durante un rato, todo ha ido como había imaginado. Me he perdido entre las imponentes esculturas de mármol y bronce mientras le enviaba fotos a mi marido de *Los cuatro cautivos*, un cuarteto de soldados con grilletes, y Hércules enfrentándose a una serpiente enorme. No tenía prisa. Suponía que en algún momento llegaría a la *Mona Lisa*. Pero entonces, sin saber muy bien adónde iba, he subido un tramo de escaleras, he doblado una esquina y me he quedado paralizada. «Conozco esta sala», gritaba una voz en mi cabeza. Había estado en este mismo sitio antes..., dos décadas antes, cuando solo tenía diecisiete años.

La sala en la que estoy está pintada de rojo sangre y dominada por un inmenso tapiz: es una reconstrucción de la cámara de color

bermellón de Luis XIV. En 2001, cuando Jeffrey Epstein y Ghislaine Maxwell trajeron a mi yo adolescente a esta estancia por primera vez, llevaban meses abusando sexualmente de mí y traficando conmigo. Ahora tengo treinta y siete años y soy esposa y madre, una adulta hecha y derecha, y hace dos años que Epstein murió en la cárcel. Aun así, casi puedo verlo de pie, a mi lado, admirando el tapiz cuya oscura paleta estaba decidido a imitar en la decoración de su opulenta casa adosada de Manhattan. Mentalmente, imagino a Maxwell a su lado, como siempre. Una depredadora sexual con modales exquisitos y pedigrí aristocrático; «G-Max», como ella misma solía llamarse, hacía de tutora en la familia disfuncional de chicas menores de Epstein. Yo fui una de esas chicas, y pasé más de veinticinco meses en su infame casa. Décadas después, todavía recuerdo cuánto les temía a ambos.

Me pitan los oídos. Estando aquí de pie, mi mente racional sabe que ya no pueden hacerme daño: un año después de que hallaran el cuerpo sin vida de Epstein en su celda, Maxwell fue arrestada y, en este momento, en 2021, sigue en prisión a la espera de que la juzguen por varios cargos, incluido el de tráfico de menores con fines sexuales. Pero aun así me siento acosada por sus fantasmas hambrientos. Ahuyento el mareo enfocando la mirada en el elaborado tapiz que tengo delante, en el que se ve a un joven arrodillado delante del rey, implorándole clemencia ante la atenta mirada de una multitud. Me miro los pies, arraigados en el suelo de parqué. Me falta la respiración y el repiqueteo familiar de un ataque de pánico me arrolla.

Nunca me ha gustado montar escenas, ni siquiera de niña. Prefería envolver mi dolor, reteniendo la agitación en el pecho, a arriesgarme a incurrir en un mayor peligro gritando y dejándolo salir. Así que me quedo callada, intentando serenarme, y bajo la vista hasta mis bonitas uñas, con la manicura recién hecha y pintadas de marfil brillante. Leo la pulsera que llevo en la muñeca

izquierda, un regalo de una queridísima amiga en la que pone «B-A-D-A-S-S»* con letras hechas de cuentas. Doy un paso, con cautela, y luego otro. Tengo el estómago revuelto, pero sigo andando. «Por favor —ruego para mis adentros—. Por favor, que no me desmaye en este lugar tan exquisito». Encuentro un banco y me siento. Miro a mi alrededor en busca de los carteles que indican la salida. «Tú puedes», me digo, un mantra en el que he confiado muchas veces. Sé por experiencia que todavía no debería intentar correr.

El trauma es un enemigo astuto. Quienes hemos sobrevivido a su terror a menudo nos maravillamos de lo rápido que puede retirarse, al menos al principio. Una vez que te encuentras en un sitio seguro, las heridas visibles —los cortes y los morados— sanan y desaparecen. Y tu psique también revive, como alguien que se está ahogando y que, al ser rescatado de las profundidades, consigue escupir el agua oscura y abrir los ojos. Pero las víctimas en recuperación como yo sabemos demasiado bien que el trauma acecha entre las sombras, que siempre está ahí. Por muchos años que pasen, por muchos psicólogos que te visiten, puede alzarse, espontáneamente, aparecer de la nada. Puede invocarlo una canción en la radio. O el olor a colonia de un desconocido. Quizá en tu caso el detonante no sea un tapiz mural del Louvre, pero nunca se sabe.

He venido a Francia para plantarle cara a uno de los conspiradores de Epstein, el agente de modelos Jean-Luc Brunel. Durante sus años en el negocio de la representación de modelos, Brunel se consagró como el cazatalentos que detectó a algunas maniqués de renombre; se jactaba de haber impulsado las carreras de Jerry Hall, Milla Jovovich, Rebecca Romijn, Sharon Stone y Christy Turlington. Pero también se lo conocía por exigir favores sexuales a las

* «Campeona». (*N. de la T.*)

jóvenes cuyas carreras gestionaba. Ahora Brunel está detenido a la espera de que lo juzguen por violación, acoso sexual y trata de menores para su explotación sexual. Pero últimamente ha solicitado si podrían liberarlo en los meses previos a la fecha de su juicio. Y por eso he viajado hasta aquí desde Australia: para ayudar a que Brunel, que le proporcionó tantas chicas jóvenes a Epstein, siga entre rejas.

En la declaración jurada que he venido a prestar, afirmaré, tal como ya he sostenido antes, que Brunel me violó y abusó de mí repetidas veces. Mientras esté en París, también conectaré a los fiscales franceses con otras víctimas de Brunel que se han puesto en contacto conmigo tras verme en televisión y en las redes sociales, y entregaré mis notas manuscritas acerca de lo que Epstein y Maxwell nos hicieron tanto a mí como a otras chicas. Los fiscales franceses me aseguran que soy una testigo fundamental porque, a diferencia de muchas víctimas de Epstein de quienes abusaron en una única ubicación, yo me pasé más de dos años recorriendo el mundo con él y con Maxwell. Conozco sus hábitos crueles, y también los de los hombres, como Brunel, con los que me explotaron sexualmente. Pude verlos (y soportarlos) de cerca.

Supongo que a nadie le sorprenderá que lidie con un trastorno por estrés postraumático (TEPT). Sin embargo, contar lo que me sucedió como lo estoy haciendo no solo se cobra en mí el peaje de un ataque de ansiedad o una visita interrumpida a un museo de arte. Venir a París para revelar mi pasado implica perderme mi vida presente. Mi hija Ellie, que cursa quinto de primaria, tenía su primer baile escolar este fin de semana y se ha teñido el pelo de color morado oscuro para protestar por mi ausencia. (Robbie me envió una foto en un mensaje de texto y debo admitir que le queda bastante bien). Justo ahora, Ellie acaba de enviarme un mensaje diciéndome que quiere completar su atuendo *grunge* con unas medias de rejilla y, a pesar de las seis horas de diferencia

horaria, hemos programado una llamada por FaceTime para que le dé mi opinión, favorable o no. Cuando yo era adolescente, también era fan del *grunge*, pero aun así, creo que quinto de primaria es un poco pronto para llevar medias de rejilla. Y aunque me alegra que Ellie y yo tengamos planes para hablar de ello, me entristece que nuestra conversación tenga que ser telefónica. Si estuviera en casa, en Perth, celebraría el primer baile de Ellie sacando un millón de fotos. En lugar de eso, estaré sobrellevando la soledad y el jetlag en una habitación de hotel diminuta a 14 500 kilómetros de distancia.

Pero tengo que convencerme de que mi viaje a París beneficiará a mis hijos. Hace años, cuando un profesor le preguntó a uno de nuestros hijos cómo se ganaba la vida su madre, Robbie y yo contuvimos la respiración y decidimos que la verdad era demasiado complicada, así que se limitarían a responder: «Mi madre se enfrenta a los malos». Desde entonces, más de un profesor ha dado por supuesto, erróneamente, que soy policía. No soy policía, y tampoco me he reivindicado nunca como un ángel. Pero espero haber hecho algo bien. Buscando silenciarme, mis poderosos enemigos me han amenazado con arruinarme e incluso con hacer que me maten. Pero yo no he dejado de hablar. Cuando era una esclava sexual, no tenía ni voz ni voto. Y me he prometido que eso no volverá a pasar nunca más.

Así que ¿mis demonios me han hecho huir de un museo de primera categoría hoy antes de tener tiempo de ver mis pinturas favoritas? Sí, así es. ¿Me he retirado luego a mi habitación del hotel para llevar a cabo uno de mis rituales relajantes favoritos: hacer un maratón de la mejor serie policíaca de la televisión, *Ley y orden*? En efecto, eso también ha pasado. Pero no pienso dejar que esos demonios me venzan. Dentro de tres días regresaré al Louvre, me sentaré delante de ese espeluznante tapiz y me haré dueña de esa sala de paredes rojas. Para ello, tiraré de la fuerza que tanto me

ha costado reunir. Y después, localizaré finalmente a la *Mona Lisa* para saludarla de pasada.

Unos días más tarde me enfrentaré a Brunel en una vista a puerta cerrada de ocho horas de duración, respondiendo a las preguntas más deshumanizadoras que puedas imaginar sobre lo que ese hombre que por entonces tenía cincuenta y tantos años me hizo cuando yo tenía diecisiete, dieciocho y diecinueve.

Horas después, ese mismo día, explicaré en una entrevista en la cadena de noticias NBC News que he declarado en contra de Brunel porque quería que supiera «que ya no tiene ningún poder sobre mí, que ahora soy una mujer adulta y he decidido hacerlo responsable de lo que me hizo a mí y de lo que les hizo a tantas otras». Y luego haré un llamamiento a la acción que no tardará en retransmitirse en todo el mundo. «Aliento a más testigos, aunque los delitos hayan prescrito, a dar un paso al frente», diré, y explicaré que incluso algo tan sencillo como confirmar el paradero de Brunel un día concreto puede ayudar a quienes ahora buscan condenarlo por lo que hizo.

—El juez nos escucha —diré—. Las autoridades también nos escuchan. Y yo os escucho. Queremos ayudar a poner a este monstruo en el lugar que se merece. Pero no podremos hacerlo a menos que todas colaboremos.

Sé bien de lo que hablo cuando hablo de monstruos. De pequeña sufrí todo tipo de abusos, desde incesto hasta abandono parental, maltrato físico grave, agresiones sexuales y violación. De adolescente, otro pedófilo ya había traficado sexualmente conmigo incluso antes de que conociera a Jeffrey Epstein y Ghislaine Maxwell. Pero estos dos redoblaron mi sufrimiento. En los años que pasé con ellos, me prestaron a multitud de personas ricas y poderosas. Se me usó y humilló de manera constante, y en algunos

casos me estrangularon, me golpearon e incluso me hicieron sangrar. Creí que moriría siendo una esclava sexual. Y entonces, justo después de cumplir los diecinueve años, conocí a alguien a quien parecía importarle. Me arriesgué y, en 2002, escapé.

En el momento de escribir estas líneas, hace veintidós años que disfruto de libertad. No siempre ha sido fácil, pero estoy sumamente agradecida por poder vivirlo. Desde 2002, mi vida ha estado marcada por varios puntos de inflexión, el más importante de los cuales fue cuando, de manera inesperada, fui madre. Los médicos me habían dicho que era altamente improbable que pudiera concebir, pero se equivocaban. Mi hijo Alex fue el primero, y luego vino Tyler. Era feliz siendo madre de dos niños. Pero cuando Robbie y yo tuvimos a nuestra hija, Ellie, la tercera, noté un escalofrío por dentro. La experiencia me decía que los depredadores sexuales no se detienen hasta que los detienen. Y aunque durante años había mantenido las distancias, a la espera de que otra persona tomara la iniciativa de reclamar responsabilidades a nuestros agresores, la llegada de Ellie puso fin a ese período de pasividad. Mirar a mi hija a los ojos me hizo darme cuenta de que tenía que actuar para evitar que otras niñas sufrieran lo que yo había sufrido. Al poco, empecé a luchar.

Una de las primeras cosas que hice fue intentar responder a algunas preguntas difíciles: ¿los abusos que sufrí fueron un simple producto de la mala suerte? ¿Me habían predestinado los ignominiosos secretos de mi familia para la tragedia? ¿O hay algo en nuestra cultura que contribuyó a mi calvario? El mal existe desde que el mundo es mundo. Pero el tráfico de personas —el uso de la fuerza, del fraude y de la coacción para obtener mano de obra o comerciar con el sexo— es especialmente inmoral, sobre todo cuando las víctimas son menores. Infradocumentada e infrainvestigada, la trata sexual infantil no es un problema que exista solo en los países del tercer mundo, como mucha gente cree erróneamen-

te. En Estados Unidos se han denunciado casos en los cincuenta estados. Y en décadas recientes, internet y las redes sociales han facilitado a los traficantes establecer contacto con sus víctimas. Según el Centro Nacional de Niños Desaparecidos y Explotados, durante la pandemia de la COVID-19, los depredadores se aprovecharon aún más de los menores a través de internet, lo que resultó en un aumento del 106 por ciento de las denuncias telefónicas por sospecha de explotación sexual infantil en solo un año.

Lo que quiero decir es que, aunque Jeffrey Epstein esté muerto y enterrado, andan sueltos por el mundo muchos otros que cometen los mismos tipos de delitos que él. Hay incontables víctimas del tráfico sexual que todavía no han escapado de sus situaciones de explotación, como yo tuve la suerte de hacer. Esas niñas y niños, esas mujeres y hombres, probablemente intentarán huir entre tres y siete veces antes de conseguirlo, según una encuesta reciente, y un reducido número recibirán ayuda de un desconocido. En Estados Unidos, donde solo el 4 por ciento de los organismos que velan por el cumplimiento de la ley cuentan con personal dedicado a detectar el tráfico humano, la mayoría de las víctimas dependen de su propio ingenio, y de la suerte, para sobrevivir.

Y yo quiero cambiar eso: no solo aspiro a responsabilizar a los pedófilos y los violadores, sino a cuestionar la protección que, con excesiva frecuencia, nuestro sistema les ofrece. Se calcula que la mayoría de las víctimas de abusos sexuales en la infancia no denuncian su caso ni comparten su experiencia hasta que tienen más de cuarenta años. A mi modo de ver, los supervivientes del tráfico y la explotación sexual deberían poder buscar justicia cuando estén listos para hacerlo, pero en muchos estados hay instituidos períodos de prescripción de delitos que lo hacen imposible. Ninguna persona por sí sola puede resolver estos problemas sistémicos; por eso es tan importante que los supervivientes aunemos fuerzas. Como dije en aquella entrevista con la NBC en París en

2021, por muy débiles que se nos haga sentir a los supervivientes de abusos sexuales, unidos siempre seremos más fuertes.

En los últimos años se han contado fragmentos sueltos de mi historia en incontables libros, pódcast, entrevistas, artículos, películas, miniseries y especiales televisivos. Pero hasta ahora nunca he contado mi historia de principio a fin. Hacerlo me permite dar la versión completa, proporcionar un contexto más que necesario y, en puntos clave, corregir el relato. Las chicas jóvenes no acaban siendo víctimas del tráfico sexual porque sí (y los chicos tampoco). No caen —o caemos— víctimas del abuso sexual continuado de la noche a la mañana. En muchos casos, al principio nos abandonan quienes aseguran querernos. Al relatar mi historia, espero ayudar a otras personas a evitar que se repita.

Nadie sale ileso de un trauma. Desde luego, yo tampoco. Ya antes de conocer a Epstein había tenido vivencias espantosas que han hecho a algunos observadores calificarme como «la víctima perfecta». Pero, aparte de eso, también era una persona resiliente; de otro modo, no estaría aquí ahora. Todavía tengo pesadillas por la noche y ataques de pánico. Todavía hay momentos en los que siento que no valgo nada. Quizá siempre sea así. Pero muchos días, sobre todo cuando he sido capaz de ayudar a otro u otra superviviente, prospero. Mi esperanza es que este libro pueda proyectar algo de luz contra la oscuridad y obligarla a retroceder a su cueva.

Hasta ahora he guardado silencio, pero ahora he hallado mi propia voz. Este libro es el resultado de esa metamorfosis. Porque mi marido está en lo cierto al afirmar que soy una guerrera. Lo soy. Una guerrera con una historia que contar.